



SANTIAGO

Valladolid

Pífanos

APUNTES SOBRE EL COLEGIO

(actualización 18/12/2017)

El 25 de julio de 1892, día de Santiago Apóstol, en la ciudad de Valladolid se celebró notablemente por dos motivos principales.

- Por ser el Patrón del Arma de Caballería y por ello de la Academia de dicha Arma en Valladolid.
- Por la inauguración del Colegio de Huérfanos



Para presidir dichos Actos fue solicitada la presencia de la Reina María Cristina, quién delego su representación en el Inspector General del Arma.

A las 8:30 de la mañana de ese día, comenzaron a llegar al Colegio las autoridades civiles y militares, generales, jefes y oficiales de Caballería.

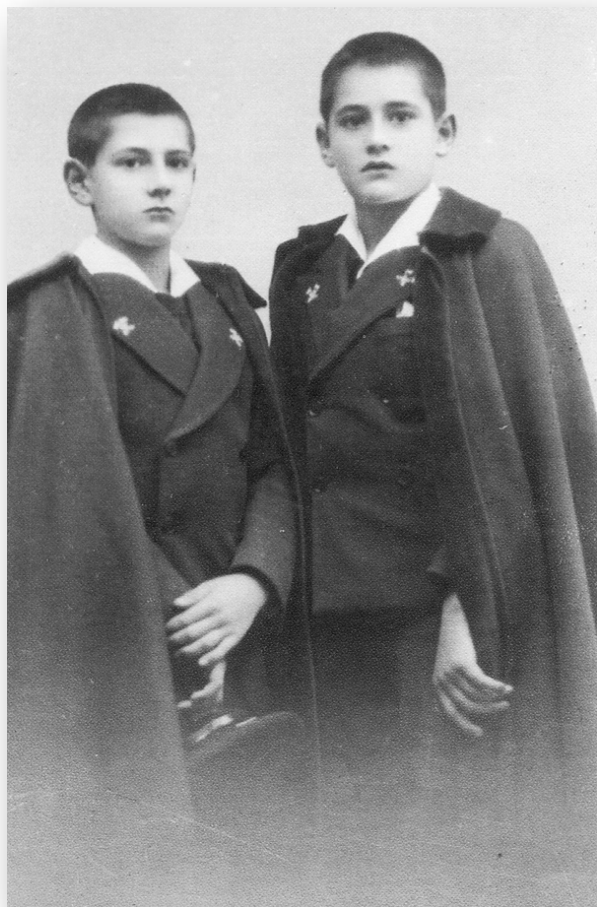
El pueblo de Valladolid y su autoridad civil se volcaron en masa en los actos de la inauguración, así como políticos —diputados y senadores— de la época.

La ceremonia fue celebrada por el arzobispo de la Diócesis, Monseñor Cascajares.

A las 13:30, el general Marín —representante de la Reina en el Acto— ocupó la Presidencia acompañado por las autoridades militares, civiles y eclesiásticas; al acabar la comida, los colegiales huérfanos aparecieron en el salón recibiendo los aplausos que, con cariño, les brindaron todos los comensales.

Momentos más tarde se celebraba un brindis en el que el general Marín emotivamente dijo:

«Con esta solemnidad tan grandiosa y en momentos de tan gratos recuerdos para todos, creo que solo puede pronunciarse un brindis: ¡Viva el Rey!, ¡Viva la Reina!».



Siguió la fiesta acompañada de bailes y refrigerios, culminando finalmente con la tradicional comida de «migas» que, aunque no llegó a servirse, refrendó el «nudo de compañerismo común a todos los que visten el mismo uniforme».

El 27 de julio de 1892, el periódico El Norte de Castilla, en su edición del día, finalizó el reportaje sobre los actos de la inauguración con los siguientes comentarios:

«Agradable recuerdo guardará Valladolid de estas fiestas que en su honor dio la brillante oficialidad de Caballería y, como de costumbre, aquél ha correspondido a esa atención honrándola y tomando participación en ellas».

«Ejemplo admirable y verdaderamente notable por lo grandioso que ha dado el Arma de Caballería con motivo de la inauguración del Colegio de Santiago, nuevo centro instructivo creado para la educación de los desgraciados huérfanos, hijos de jefes y oficiales de Arma tan distinguida».

«La apertura de aquél ha servido para darse cita en nuestra población, cuna de la mayoría de los oficiales de Caballería, varios generales procedentes de ella, casi todos los coroneles, e innumerables jefes, capitanes y subalternos, llenos todos de gran entusiasmo y rebosando orgullo y satisfacción por la participación que a cada uno corresponde en tan benéfica obra».

«El acto realizado por el Arma de Caballería es digno de la hidalguía y caballerosidad que le es proverbial. La cooperación de todos sus jefes y oficiales hará sostener un centro de instrucción, donde adquirirán escogida educación infelices criaturas que hallarán más tarde relativo bienestar cuando de otro modo llegara a fallarles lo preciso para la vida».

En otro orden de cosas, también decía el mismo periódico:

«El Colegio de Huérfanos de Santiago, fue creado por el Ministerio de la Guerra con la finalidad de acoger y dar educación a los huérfanos de los generales, jefes y oficiales del Arma de Caballería; sus ingresos van a proceder de los Regimientos de Caballería y de las cuotas de los interesados.

Su destino fundacional es el del edificio de la Academia de Caballería, pero allí no puede hacerse por incapacidad física; provisionalmente se instalan los varones en un edificio de la calle Chancillería, 8 y las huérfanas en el convento de monjas de la calle de Santiago (Las Francesas). Se inauguró el 25 julio de 1892.

Después de muchos meses de intervenciones, acuerdos, amenazas de traslado a Zaragoza... se aprueba (31-V-1902) el convenio de construcción de un edificio adecuado.

El Ayuntamiento dice en las bases que empleará 40.000 duros. El Colegio de Huérfanos se compromete a construir el edificio y a continuar indefinidamente en Valladolid. Los costes de las obras de entretenimiento inferiores a 500 pesetas serán por cuenta del Colegio, si excede, y no es por desperfectos intencionados, serán con cargo al Ayuntamiento.

Si el importe de la construcción excede los 40.000 duros, el exceso será a cuenta del Colegio. Si se traslada de Valladolid, el Ayuntamiento se incautará del edificio o de lo construido hasta el momento».



ORÍGENES DEL COLEGIO

Recurrimos al documentado artículo «El Colegio de Huérfanos "Santiago" y la ciudad de Valladolid (1892-1908)» del autor D. Joaquín Herrero Ibáñez, accesible en Dialnet, la mayor hemeroteca de artículos científicos hispanos en Internet.

El artículo completo puede conseguirse libremente en nuestra página y/o en el siguiente enlace:

<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5259185>



Han pasado por este colegio —que en principio suponía la antesala de la carrera militar— multitud de Píñanos, en el transcurrir de los años y a partir de 1943, fecha en que se reconoció al Colegio de Santiago como centro de Enseñanza Media y, posteriormente, como Residencia de Huérfanos

Se fueron actualizando los sistemas, modernizando la enseñanza e impartiendo una educación diversa, multidisciplinar y de preparación para la Universidad, desde cuyo centro han salido grandes profesionales de todas las ramas de la ciencia.

Las distintas generaciones que han pasado por el colegio han ido dejando huella indeleble del carácter y personalidad de estos alumnos que, con escasez de medios, intentaban superar todas las situaciones que la vida les deparaba, baste narrar a continuación la anécdota que refiere el autor y académico de la Lengua **D. Miguel Delibes** en su libro «El otro fútbol»:

«Yo jugué mucho al fútbol de chico y aun de adolescente. En el Colegio de Lourdes, de Valladolid, era una potencia entonces, en los años treinta y con frecuencia, mediamos nuestras fuerzas con otros colegios de segunda enseñanza: los jesuitas, los maristas o los muchachos del Instituto.

No es preciso decir que unas veces ganábamos y otras perdíamos, pero, en cualquier caso, siempre quedaba vivo un deseo: remachar el triunfo obtenido o tomarnos el desquite de la derrota.

Había, no obstante, un colegio en Valladolid que siempre nos vencía: el colegio de Santiago para huérfanos del Arma de Caballería. He dicho que nos vencía, cuando será más exacto decir que nos barría,





literalmente nos aplastaba por tanteos contundentes que, todavía lo recuerdo, rara vez bajaban de nueve a cero o el catorce a dos.

No creo que, en aquel campo de tierra apelmazada que los huérfanos tenían en la trasera del edificio escolar de la calle de Muro, alcanzáramos nunca un resultado más halagüeño que el de los seis o siete goles de diferencia.

Y ¿qué tenían los huérfanos de Caballería que no tuviéramos el resto de los escolares de Valladolid?, ¡Ah, los huérfanos!

Aquellos mozos practicaban un fútbol precursor, hecho de inteligencia y sobreentendidos, apoyado en una velocidad de diablos, una entereza de atletas y un finísimo toque de balón. Posiblemente todo ello dependiera de su preparador físico o del frecuente ejercicio de este deporte, lo cierto es que aquellos muchachos ejecutaban otro fútbol.

Para mayor escarnio, los huérfanos jugaban en alpargatas sin que sus empeines parecieran resentirse de los secos trallazos que enviaban desde treinta metros contra nuestra portería con aquellos balones recios, coriáceos, que, como dice Vicente Verdú en su estupendo y divertido libro *El fútbol, mitos, ritos y símbolos*, "trascendía el vaho de su vejiga (protegida por talco) y la biografía del cuero al que se le dispensaban cuidados vitalizadores dejándole secar al sol y embadurnándole con grasa".

Para los huérfanos, este pelotón pesadísimo no constituía el menor obstáculo. Sus rapidísimos pies ensayaban el tiro a gol desde cualquier punto y

en cualquier circunstancia, sin preparación alguna, y, a menudo, como el lector podrá deducir de los tanteos consignados, lo conseguían.

Su movilidad, sus disparos durísimos, con unos pies prácticamente desnudos, me asombraban, hasta el punto de que hoy, a cuarenta años de distancia, todavía los recuerdo con admiración».



MURO, 9

Actualmente el Colegio de Santiago es una Residencia de estudiantes, esta situada en el número 9 de la calle Muro, uno de los enclaves privilegiados de la capital; a escasos diez minutos andando de la Plaza Mayor, veinticinco de cualquier Facultad de la Universidad de Valladolid, menos de cinco a la estación de trenes y diez de la de autobuses.

La Residencia dispone de 155 habitaciones individuales. La concesión de las plazas se realiza utilizando los baremos de fecha de instancia y calificaciones obtenidas en el curso anterior. Los responsables del Centro tienen un trato personalizado y diario con los estudiantes alojados.